

gírico. Acuérdesse V. que el aceite del que nos aplaude, nos pierde (1). Sucede con el sustento espiritual como con el del cuerpo: los manjares que halagan son flatulentos, y los flatulentos son vanos á manera de las legumbres. Cuando se predica, es menester ofrecer no un alimento pasajero cuya memoria se acaba con el sonido, sino un alimento que permanece para la vida eterna (2).

«Ademas nunca ha de subir uno al púlpito sin tener un designio particular de edificar algun ángulo de las murallas de Jerusalem enseñando la práctica de alguna virtud ó el apartamiento de algun vicio, porque todo el fruto de la predicacion está en arrancar el pecado y restaurar la justicia. *Enseñaré tus caminos á los inicuos*, decia David al Señor (3), *y se convertirán á tí los impíos.*»

«¿Qué conversion, le dije, habia yo de predicar á unas almas acostumbradas á vencer á sus enemigos, el mundo, el demonio y la carne, y que sirven á Dios en la santidad?»

«Convenia enseñarlas, me respondió, á estar sobre sí para no caer ya que estan en pie, á obrar su salvacion segun el consejo del Espíritu Santo con temor y temblor, y á no dejar de temer hasta por los pecados perdonados. V. nos las ha pintado como unas santas: como que no le cuesta nada canonizar á unas personas vivas. No se han de poner asi almohadas debajo de los

(1) *In misericordiá justus increpabit me; oleum autem peccatoris non impinguabit caput meum* (Salm. CXL, 5).

(2) *Operamini non cibum qui perit; sed qui permanet in vitam æternam* (Joan. VI, 27).

(3) *Docebo iniquos vias tuas, et impii ad te convertentur* (Salm. L, v. 15).

codos, ni dar leche á los que necesitan acíbar y agenjos.

«Lo he hecho, repuse, por animarlas y fortificarlas en su santa empresa, porque la alabanza nos sirve de estímulo para avanzar en el bien.»

«Esta máxima, replicó, es enteramente humana y no conviene á la moral cristiana, que nos desprende del amor de nuestra propia gloria, y únicamente nos hace buscar la de Dios.

«Es menester dar ánimo sin exponer aquella persona al peligro de la presuncion y la vanidad. Siempre es mas seguro humillar al oyente que hablar de su condicion en términos pomposos, capaces de infundirle una idea elevada de sí propio. ¡Oh! Bien sé que otra vez pondreis cuidado en esto y hareis lo que dice el salmista: *El justo me reprenderá en su misericordia* (1).

«Será V. fiel á ejemplo del profeta en levantar su voz como una trompeta; ¿y para qué? para reprender sus maldades á la casa de Jacob (2). Asi como hay manchas en la luna, tambien hay siempre algunas que corregir en las sociedades mas perfectas.»

N.º 9.

Fin de la predicacion.

Tambien me hizo otro cargo, ó hablando con mas exactitud, me dió otro consejo caritativo por este ser-

(1) *In misericordiá justus increpabit me* (Salmo CXV, 5).

(2) *Clama, ne cesses: quasi tuba exulta vocem tuam, et annuntia populo meo scelera eorum et domui Jacob peccata eorum* (Isaias LVIII, 1).

mon á las religiosas de la Visitacion, porque como tenia un zelo tan ardiente por mi bien espiritual, no me perdonaba nada. Me preguntó pues cuál habia sido el fin de mi sermón. Quedéme un poco sorprendido; pero al cabo le dije que habia tenido intencion de mover aquellas buenas religiosas á ser fieles y puntuales en la observancia de su instituto; y que yo habia creído que era un buen medio para eso elogiarles mucho su instituto. Mas no solamente censuró este medio, segun he dicho antes, sino que me hizo notar que yo no habia reducido todo mi discurso á este fin, y al contrario parecia que mi objeto no habia sido otro que recoger flores y quemar incienso.

Otras muchas veces me preguntó despues de oirme cuál habia sido el fin particular de mi sermón, y me decia francamente si le habia conseguido ó no.

Fijarse en un objeto particular.

Me recomendaba á menudo que no me limitara al designio general de convertir á los pecadores y santificar á los justos, sino que al subir al púlpito tuviera siempre un fin particular, por ejemplo explicar algun misterio, aclarar un punto de la fé, combatir un vicio, enseñar una virtud, mover al ejercicio de una buena obra.

No puede V. creer hasta qué grado es importante este consejo, y cuántos sermones bien trabajados y estudiados son inútiles por falta de enderezarse á un fin particular. Hay predicadores cuyos sermones estan llenos de buenos y saludables documentos; pero no insisten bastante en cada uno, y las verdades que anuncian se sofocan unas á otras por su muchedumbre y variedad: se parecen á la semilla que aprovecha poco cuando se siembra muy espesa.

Pero cuando no se lleva mas que un fin, y todas las razones y afectos hieren allí, es mucho mas fuerte la impresion y capaz de ablandar los corazones mas duros.

Los abejorros que andan revoloteando por todas las flores, no sacan miel; pero la abeja no hace así, sino que se detiene en cada una el tiempo necesario para sacar bien el jugo. Si sigue V. esta máxima, hará muy fructíferos sus sermones, y será uno de los fieles dispensadores de la palabra de vida.

Deciame tambien el santo que despues de clamar enérgicamente contra un vicio era preciso enseñar la práctica de la virtud contraria, porque todo predicador es enviado como el profeta Jeremias y puesto sobre los pueblos para arrancar y destruir y luego para plantar y edificar.

Por último me recomendaba que me dedicase principalmente á persuadir y mover; porque así como los maestros de la vida espiritual enseñan que en la oracion no se ha de gastar demasiado tiempo en discursos y razonamientos, sino darse principalmente á los afectos del corazón, del mismo modo en la predicacion ha de ponerse mas bien la mira en mover el corazón que en ilustrar el entendimiento: no sin duda porque haya de omitirse la instruccion que es una parte principal de la predicacion, sino que el predicador debe tirar mas bien á hacer buenos á sus oyentes que doctos, imitando al sol que produce mas efectos con su calor que con su luz.

Dedicarse á persuadir y mover.

N.º 10.

Predicacion util.

Al otro dia de haber predicado á las religiosas de la Visitacion me hizo predicar el santo á las monjas de santa Clara, que hacen una vida muy ejemplar y observan una austeridad pasmosa. La concurrencia no fue menor que el dia antes, y tambien asistió el santo

prelado. Yo me guardé muy bien de dar en el escollo que me habia manifestado, y dije un discurso muy sencillo en ideas y en expresiones, poniendo únicamente la mira en la edificación. Procedí con mucho orden y insté bien en la materia.

A la vuelta vino el santo á verme á mi habitacion que era la suya (porque siempre que yo le visitaba me la cedia), y abrazandome cariñosamente me dijo: «En verdad que ayer le amaba á V. mucho; pero hoy le amo mas: V. es segun mi corazon, y si no me equivoco, tambien segun el de Dios, y creo que ha tenido por aceptable el sacrificio de V. No creia yo que era V. tan docil y condescendiente. Cierto; *el varon obediente contará victorias* (1): V. se ha vencido hoy á sí mismo. ¿Sabe V. que los mas de los oyentes decian: todos los dias no son iguales; y que no iban tan contentos como ayer, y que el que ayer no estaba satisfecho, lo está hoy extraordinariamente? Aqui le traigo á V. un jubileo general por todas sus culpas pasadas. V. ha obrado hoy enteramente á mi gusto, y si continúa, prestará mucho servicio al señor de la viña. No se le dé á V. cuidado de los hombres: casi ninguno entiende de esto, y los hace hablar la prudencia de los hijos del siglo: los hijos de la luz deben seguir otras máximas.

La predicacion no ha de fundarse en palabras é ideas de la sabiduría humana. Siga V. fielmente esta conducta, y Dios hará sus tareas honrosas y cumplidas: será V. prudente en la palabra mística, y poseerá la ciencia de los santos, la ciencia que hace los santos. ¿Y qué queremos saber nosotros sino Jesus y Jesus crucificado?

(1) *Vir obediens loquetur victoriam* (Prov. XXI, 28).

N.º 11.

Vida edificante del predicador.

Cuando le decian á nuestro santo que algun predicador lo hacia perfectamente, preguntaba: ¿En qué virtudes sobresale? ¿en humildad, en mortificacion, en mansedumbre, en fortaleza, en devocion y otras tales? Cuando le respondian que se hablaba de que predicaba bien, replicaba: Eso es decir y no hacer: lo uno es mas facil que lo otro. ¡Cuántos dicen y no hacen, y destruyen con su mal ejemplo lo que edifican con su lengua! ¿No es monstruoso el hombre que tiene la lengua mas larga que el brazo?

Una vez dijeron de uno que habia asombrado á todo el mundo: Hoy ha hecho maravillas. El santo respondió: El que hace maravillas, es aquel, dice la sagrada escritura, que fue hallado sin mancha, que no corrió tras del oro, ni esperó en el dinero y los tesoros (1).

Otra vez le dijeron que aquel predicador se habia superado á sí mismo. ¿Qué renuncia interior ha hecho? dijo el santo: ¿qué injuria ha sufrido? En tales ocasiones es cuando se vence uno á sí mismo (2).

(2) *Beatus dives qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic? et laudabimus eum, fecit enim mirabilia in vita sua* (Eccl. XXXI, 8).

(2) Para la cabal inteligencia de este pasage conviene advertir á los que no conocen la lengua francesa, que en ella la expresion *se surmonter soi-même* tiene dos significaciones, *excederse á sí mismo*, es decir, hacer mas de lo que se espera de uno, y *vencorse*. Los que ponde-

N.º 12.

Señal de una predicacion buena.

¿Quiere V. saber, añadió, en qué conozco yo la excelencia y el precio de un predicador? Cuando los que acaban de oírle dicen dándose golpes de pecho: Yo obraré bien, y no cuando dicen: ¡Oh! ¡qué bien que lo ha hecho! ¡qué buenas cosas ha dicho! Sí, porque decir cosas buenas y con elocuencia es ostentar la ciencia ó la elocuencia humana; pero cuando se convierten los pecadores y se apartan de sus malos caminos, es señal que Dios habla por boca de aquel predicador, que tiene la verdadera ciencia de la voz, la ciencia de los santos, y que anuncia de parte de Dios la ley inmaculada que convierte las almas (1). El verdadero fruto de la predicacion es que se borre el pecado y vuelva la justicia (2); y por la justicia de que habla el profeta, se han de entender la justificacion y la santificacion. Para eso envia Dios los predicadores como Jesucristo sus apóstoles, para que hagan fruto y este fruto permanezca (3).

En una ocasion en que se hablaba á su presencia de predicadores que hacian maravillas, dijo una cosa

rabán al predicador en cuestion, usaban la palabra *surmonter* en la primera acepcion (excederse á sí mismo), y el santo en su réplica la toma en la segunda (vencerse).

(N. del T.)

(1) *Lex Domini immaculata convertens animas* (Salmo XVIII, 8).

(2) *Ut deleatur iniquitas et adducatur justitia.*

(3) *Posui vos ut eatis, et fructum asseratis, et fructus vester maneat* (Joan. XV, 16).

parecida. ¿Cuántas personas, pregunto, se han convertido por su predicacion? porque la conversion de las almas es una obra mas milagrosa que la resurreccion de los muertos, supuesto que es un tránsito de la muerte del pecado á la vida de la gracia. Respondieronle que por estas maravillas se entendian la elocuencia, la ciencia, la memoria, la excelencia de la accion y otras prendas del orador. Estas dotes, replicó, son las de un orador, y puede adquirirlas la industria humana; pero los enviados de Jesucristo deben ser unos hombres en quienes el Espíritu Santo que les es dado, haya derramado la ciencia de la voz del cielo, que es la ciencia de la salvacion y de los santos.

Cuando sale V. del sermon, no se entretenga en recoger estos vacios aplausos populares: ¡Oh! ¡qué bien lo ha hecho! ¡Oh! ¡precioso pico! Es un pozo de ciencia. ¡Qué memoria tan admirable! ¡Oh! ¡qué orador tan elegante! ¡Qué gusto da oír á este hombre! Nunca he asistido á un espectáculo como este. Todo eso no es mas que una vana charla de cabezas sin juicio.

Los predicadores cristianos, decia S. Gerónimo, no deben buscar los artificios de los retóricos, sino las sencillas palabras de los pescadores, es decir, de los apóstoles. Si S. Pablo condena á los oyentes que tienen *comezon en los oidos* (*prurientes auribus*); ¿cuánto mas desecha á los predicadores que se los lisonjean con palabras escogidas, periodos numerosos y discursos acabados?

Pero si al salir del sermon halla V. algunos que dándose golpes de pecho como el centurion dicen: Verdaderamente este hombre es de Dios, predica á Jesucristo crucificado, nos enseña á arrepentirnos de nuestros pecados: si no abandonamos nuestros pecados, no consistirá en él: este sermon se nos imputará en el

dia del juicio si no hacemos buen uso de él; ó si dicen: ¡Oh! ¡cuán necesaria es la penitencia para el que quiere salvarse! ¡cuán excelente es la virtud! ¡qué amable es el peso de la cruz! ¡cuán ligero el yugo de la fé! ¡cuán feo y aborrecible el pecado! antes morir que pecar; ó si los oyentes sin tantas palabras dan testimonio del fruto de los sermones por la enmienda de su vida; júzguese entonces de la bondad y habilidad del predicador no en gloria suya, sino en gloria de aquel que le envía que es Dios, el cual habla por su boca y le llena de su espíritu.

Me confirmó esto con un ejemplo diciéndome: Un día vino á verme á Annecy un predicador muy célebre, y habiéndole pedido yo que predicase un sermón me lo concedió. Se remontó á las nubes, ostentó pensamientos sublimes, usó términos muy pomposos y desplegó una elocuencia tan magnífica, que dejó atónitos á todos nuestros buenos montañeses. Al acabarse el sermón todo eran palabras de asombro y admiración. No se ofrecieron nunca á ningun mortal tantos perfumes de alabanzas. A porfía andaban los oyentes sobre quién diría mas y quién ensalzaria mas al predicador. Yo que habia asistido al sermón y sabia cuán superior era á la capacidad de los admirados oyentes, llamé aparte á algunos de los que andaban mas solícitos y asombrados, queriendo tal vez de este modo pasar por personas hábiles é inteligentes; y despues de congratularlos por su admiración los rogué me dijese alguna particularidad de lo que habian retenido, y me explicasen qué utilidad habian reportado de un discurso tan raro; pero no pude sacarles ninguna razon sólida: únicamente se exhalaban en exclamaciones, elogios y transportes de admiración, en una palabra humo. Uno de ellos mas ingénuo que los demas respondió: Si yo le hubiera comprendido y pudiera citarle, no hubiera he-

cho el predicador mas que una cosa comun y vulgar: nuestra ignorancia es la causa de nuestra admiración, porque ha dicho cosas tan altas y sublimes que exceden nuestros alcances; y esto nos hace estimar mas la grandeza de los misterios de nuestra religion. Alabé su ingenuidad, y hallé que habia sacado algun fruto del sermón; pero ¡qué poco era! No se reduce todo á que la primavera sea florida si el otoño no da fruto. El predicador que no tiene mas que hojas de lenguaje y buenas ideas, corre riesgo de ser clasificado entre aquellos árboles infructíferos á quienes se amenaza en el Evangelio con el hacha y con el fuego (1).

N.º 13.

Quejas contra los ausentes.

S. Francisco asistia un día al sermón de un predicador muy docto; pero que tenia poco séquito porque pronunciaba muy mal sus discursos. Como le costaba mucho el componerlos, no se alegraba de verse casi sin auditorio. Por esta razon se quejó amargamente en el púlpito y empleó una buena parte del tiempo en clamar contra los que no iban á oír el sermón: declaró que los que despreciaban la palabra de Dios no eran hijos de Dios (2): pasó luego á las invectivas y concluyó amenazando dejarlo todo y abandonar la predicación, supuesto que no valia la pena de echar la semilla de la divina palabra en un terreno tan ingrato y estéril de oyentes.

(1) *Jam securis ad radicem arborum posita est: omnis ergo arbor quæ non facit fructum bonum, excidetur et in ignem mittetur* (S. Mat., cap. III, v. 10).

(2) *Vos non auditis quia ex Deo non estis* (Joan VIII. 47).

Nuestro santo dijo á uno de sus amigos de confianza al salir de la iglesia: «¿ A quién se dirige este buen hombre? Nos ha zurrado por una falta que no habíamos cometido, porque estábamos presentes: ¿quería acaso que nos hicieramos pedazos para llenar los otros asientos que estaban vacíos? Se dirigía á los ausentes, y estos no serán mas puntuales porque no le han oido. Si deseaba hablarles, debiera haber ido por las calles ó plazas de la ciudad para instar á los que las ocupan, que entraran en su banquete espiritual. Ha corrido gritando tras los inocentes, y ha dejado á los culpados. *Dat veniam corvis, vexat censura columbas.*»

N.º 14.

Predicacion frecuente.

Llegó á oidos de S. Francisco que me criticaban porque predicaba en mi diócesis la cuaresma, el adviento, y los domingos y fiestas; á lo que respondió que censurar á un labrador ó á un viñador por cultivar muy bien sus tierras ó sus viñas era darle verdaderos elogios.

Hablandome sobre esto y para que aquellas críticas no me desalentasen, me dijo: «Yo tenia el mejor padre del mundo; pero habia pasado gran parte de su vida en la corte y en campaña, y sabia mejor las máximas mundanas y militares que las de la teología. Cuando yo era preboste, predicaba á cada instante asi en la catedral como en las parroquias hasta en las cõfradías menos visibles: yo no sabia negarme. *Qui petit à te, da ei* (S. Mat., v. 42). Mi buen padre oyendo tocar á sermon preguntaba quién predicaba y le decian: ¿Quién ha de ser sino su hijo de V.? Un día me llamó aparte y me dijo: Preboste, tú predicas demasiado á menu-

do: yo oigo hasta en días de trabajo tocar á sermon, y siempre me dicen: Es el preboste, el preboste. En mi tiempo no era asi: los sermones eran mucho mas raros; pero tambien ¡qué sermones! Dios lo sabe: eran doctos, bien estudiados y se decian maravillas: mas textos griegos y latinos se alegaban en uno que tú ahora en diez. Todo el mundo quedaba admirado y edificado: corrian al sermon á bandadas: cualquiera hubiese dicho que se iba á recoger el maná. Ahora vulgarizas tú tanto este ejercicio, que ya no se hace caso de él y no te tienen en tanta estima. «Ya ve V., este buen padre hablaba como él lo entendia, y puede V. figurarse si seria porque me quisiese mal; pero me hablaba segun las máximas del mundo. Todas estas pláticas no son mas que invenciones de la prudencia humana, que es una verdadera locura delante de Dios: si agradáramos á los hombres, no seriamos siervos de Dios (1). Las máximas evangélicas son de muy diferente temple. Jesucristo que es el espejo de la perfeccion y el modelo de los predicadores, no usó de todas estas circunspecciones, ni los apóstoles que siguieron sus huellas. ¿No decia S. Pablo al nuevo obispo Timoteo: *Prædica verbum, insta opportunè, importunè, argue, obsecra, increpa in omni patientiâ et doctrinâ?*

Creame V., por mucho que se predique, nunca se predicará bastante: *et nunquam satis dicitur quod nunquam satis discetur.* Por lo cual si V. me cree, debe cerrar los oidos á esos falsos consejos de los sabios mundanos y escuchar lo que dice S. Pablo (2). *Tu verò vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ,*

(1) *Si hominibus placerem, Christi servus non essem* (Ep. ad galat. I, 10).

(2) II Ep. ad Timot. V, 5.

*ministerium tuum imple.* Y la expresion *sobrius esto* que añade, se entiende de la templanza en el alimento y no de la sobriedad en el ejercicio del ministerio pastoral. ¡Dichoso el pastor que se ocupa en vigilar y apacentar su rebaño! En verdad os digo que el gran señor le pondrá sobre todos sus bienes (1) y que el príncipe de los pastores le ceñirá por su mano una corona inmarcesible (2).

N.º 15.

Repetición de las mismas verdades.

Un día se criticaba delante de nuestro santo á un predicador célebre, y la tacha que se le ponía, era porque repetía á menudo las mismas verdades: sus censores decían que este modo de predicar era mazorral y fastidioso. En eso, respondió el santo, es en lo que me parece loable, porque observa exactamente el precepto de S. Pablo: *insta opportunè, importunè.* Importa muy poco que se ofendan los oídos de las personas delicadas, con tal que se mueva el corazón de los oyentes: es preciso hablar al corazón de Jerusalem y reducir á su deber los prevaricadores si se puede. Y ¿qué medio de traerlos á su deber si no se remachan con frecuencia las mismas verdades para grabarlas en sus duras cabezas y en sus corazones de piedra é incircuncisos? Nunca se ha de cansar uno de inculcar á los pueblos las doctrinas que pueden guiarlos á la salvación.

(2) *Beatus ille servus quem cum venerit dominus ejus, invenerit sic facientem. Amen dico vobis quoniam super omnia bona sua constituet eum* (S. Mat. XXIV, 46).

(1) *Cum apparuerit princeps pastorum, percipietis inmarcesibilem gloriæ coronam* (I Epist. Petr. V, 4).

¿Cómo predicaba Jonas si no diciendo y repitiendo sin cesar: *Cuarenta días mas, y Ninive será destruida* (1)? Las palabras de salvación son buenas, aunque se repitiesen diez veces. Los médicos no cesan de recetar las mismas medicinas hasta que venzan la enfermedad. Es preciso despreciar los juicios de los entendimientos limitados, que no miran las cosas mas que superficialmente. ¿Qué importa su desprecio ó estimación, con tal que sea anunciado Jesucristo y edificadas las buenas almas (2)?

Se han de decir pocas cosas, pero buenas, é inculcarlas cuidadosamente sin curarse de esas almas estragadas que se incomodan cuando un predicador repite y remacha lo mismo. Para hacer la herradura de un caballo ¡cuánto hay que machacarla y volverla á machacar! Para hacer una pintura ¡cuántas veces hay que pasar y repasar el pincel! Pues ¡cuánto mas para grabar estas verdades eternas en unos corazones donde se ha arraigado el mal, y en unos cerebros duros!

N.º 16.

De las controversias.

El juicio de nuestro santo sobre esta materia es indudablemente de mucho peso, porque Dios se valió de él para convertir un número asombroso de herejes.

Su dictamen era que en los sermones no habian de tratarse las materias de controversia directamente y por forma de disputa. Nunca me ha salido bien este

En los sermones no se ha de tratar directamente la controversia.

(1) *Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur* (Jon. III, 4).

(2) *Quid enim? Dum Christus annuntietur, in hoc gaudeo* (Ep. ad philip. I, 18).